



La eucaristía: pan de esperanza, comunidad en camino*

GUILLERMO ZAPATA D., S.J.**

RESUMEN



La Eucaristía: pan de esperanza, comunidad en camino”, medita sobre el peregrinar de la Iglesia como comunidad que ha nacido de la muerte resucitada del señor Jesús. De la comunión de vida con el Crucificado, todos los unidos en la sangre del Señor alimentan la esperanza de la nueva humanidad inaugurada en la resurrección. Esta humanidad nueva es anticipación de futuro, presencia viviente y radical de Jesús que transforma el sacrificio en solidaridad sin fin, en esperanza futura que en vez de hacer olvidar la cruz, la asume. Al asumir la cruz, la eucaristía encierra la plenitud de lo histórico, alimenta el recuerdo esperanzado del amor de Dios acontecido en nuestra historia, pero llamado a la consumación definitiva, cuando lo provisional de la misma historia haya desaparecido, porque ha sido transformado y transubstanciado en historia definitiva por el espíritu de Jesús, que es Cristo resucitado.

* Este artículo puede leerse en continuidad con otros publicados por el mismo autor, a saber: “América Latina un continente crucificado”, *Theologica Xaveriana*, Vol. 81, No. 36/4 (1986) 29-53; “Del olvido de la cruz a su presencia en la historia”, *Theologica Xaveriana*, Vol. 82 No. 37 (1987) 423-436; “Eucaristía: esperanza para un pueblo peregrino”, en *Reflexiones Cire, Apuntes Ignacianos*, Año 12, No. 36 (2002) 48-72. Puede consultarse también *La Iglesia como pueblo que nace de la Cruz*, Bogotá, 1996.

** Magíster en Teología, Doctor en Filosofía, Profesor de Filosofía y Teología, Pontificia Universidad Javeriana; profesor invitado en el Instituto Superior de Estudios Filosóficos Humanísticos, ISEHF, (Asunción, Paraguay), profesor invitado en el Seminario San Luis (Perú). Miembro del Cire Ampliado. Especialización en Espiritualidad Ignaciana. Especialización en Pedagogía Ignaciana. Correo electrónico: gzapatasj@hotmail.com



Palabras claves: *Eucaristía, cruz, comunidad eclesial, esperanza, muerte de Jesús, nueva humanidad, pan del camino, resurrección.*

Abstract

The Eucharist, bread of hope, community on its way. This is a meditation about the pilgrimage of the Church as a community that was born of the death and resurrection of the Lord Jesus. From the living communion with the crucified, all people united by the blood of the Lord nourish the hope of a new mankind inaugurated at the resurrection, This new mankind is anticipation of the future, living and radical presence of Jesus that transforms the sacrifice in solidarity without end, in hope which, instead of forgetting the cross, assumes it. Assuming the cross, the Eucharist encloses the fullness of history, nourishes the remembrance and hope of God's love, embedded in our history, but called to a final consummation, when the temporary aspect of history will have disappeared, because it has been transformed and transubstantiated into final history by the Spirit of Jesus, the risen Christ.

Key words: *Eucharist, cross, ecclesial community, hope, death of Jesus, new mankind, bread for the way, resurrection.*

INTRODUCCIÓN

La eucaristía: pan de esperanza tiene como contexto la teología de la cruz. Nace en el anuncio del Reino proclamado por Jesús hasta su muerte. El espíritu de Jesús revitaliza la comunidad del Reino que se alimenta de la memoria viviente de todos los unidos por la sangre del Crucificado, que se ponen en camino alimentando su esperanza con el pan de la solidaridad, recuerdo vivo del proyecto anunciado por el Maestro ajusticiado.

La eucaristía tiene su historicidad en la dinámica convergente que convoca a todos los crucificados y excluidos de la historia y les constituye como piedras vivas de un nuevo pueblo que actualiza la nueva humanidad que emerge del seguimiento en la misión y compromiso de Jesús hasta sus últimas consecuencias.

La eucaristía es el escenario que pone en marcha la historicidad del Reino de Dios. Allí se gesta la nueva humanidad que participa del memorial de la cruz, actualiza la radical presencia del Señor en el perdón, la solidaridad, la reconciliación. Este presente vivo del Señor que se experimenta como



anticipo de una plenitud todavía no realizada, en el mismo caminar de quienes esperan y alientan su fe con el *pan de la esperanza*, hasta que el Señor sea todo en todos.

Ella es presencia radical del Dios padre que transparente en su Hijo la misericordia de un Dios volcado sobre los humildes, a quienes constituye como su pueblo preferido, que ha configurado en su itinerancia constante, ha alimentado con su Palabra y con su espíritu viviente aun en el más azaroso reverso de su historia, que cada día se reedita con su radical vitalidad para hacerla síntesis de la Iglesia, pueblo de Dios, comunidad de creyentes que acogen y transparentan el orden querido por Dios; el poder de Dios en medio de todos los hombres, la solidaridad hasta la muerte.

COMUNIÓN DE VIDA CON EL CRUCIFICADO

En la celebración de la eucaristía, Jesús, sustancialmente presente, nos introduce mediante su Espíritu en la pascua: pasamos de la muerte a la vida, de la esclavitud a la libertad, de la tristeza a la alegría. La celebración de la eucaristía refuerza en nosotros este dinamismo pascual y consolida nuestra identidad. (Sínodo, 2005: No. 3)

Si la muerte de Jesús convocó a los discípulos a continuar con la causa del Reino predicada por su Maestro, “la resurrección manifiesta lo que Jesús era antes de su muerte” (Schillebeeckx, 1983: 780), continuidad del Reino anunciado en su vida, experimentado en la presencia resucitada del Señor. La obra de Jesús no cae, así, en el fracaso; es recuperada nuevamente como *praxis*, en la cual aparece el mismo Jesús como constitutivo del Reino. De predicador del Reino, Jesús se convierte en predicado. Con su persona acontece el Reino de Dios.

Lo predicado ahora es Jesús muerto y resucitado. “La resurrección es la continuación de la vida personal de Jesús en cuanto hombre más allá de la muerte.” (*Ibidem*: 781). El mismo Jesús crucificado es ahora el resucitado. De esta manera,

...la fe en Jesús resucitado mostró a los cristianos que la muerte no tuvo poder para separar a Jesús de Dios. La unión terrena de Jesús con Dios es ‘mantenida’ por Dios mismo, y Jesús es confirmado más allá de las fronteras de la muerte en su propia comunión con Dios. La negatividad de esa muerte es superada en Jesús por Dios con una comunión duradera y plena. (*Ibidem*: 783)



Pero Jesús no sólo está en comunión con Dios; la comunión con Jesús es comunión entre todos los que creen en él y en su causa. Es comunión restaurada de los discípulos. Esta comunión con el Crucificado es tan profunda que participamos de su muerte resucitada completando en nuestra carne lo que falta a los sufrimientos y padecimientos de la pasión de Cristo (Col 1,24).

La comunión con Jesús es participación plena de toda su realidad como hijo del Padre. Es posible afirmar que “en Dios hay una pasión muy íntima, que incluso es su genuina esencia: el amor” (Ratzinger, 2006), comunión con su amor. La comunión con Jesús es comunión con el padre de Jesús. La manera como Jesús realizó en su vida histórica esta comunión con Dios padre fue la solidaridad con el pueblo que sufre, con el afligido, el pobre y descalificado.

La sensibilidad de Jesús por los necesitados (Mt 25,40), es redescubierta por los primeros creyentes que vieron en Jesús el amor revelado de Dios para con los pequeños y camino de acceso al Padre. El Dios de Jesús es el Dios que ama al pueblo, su nombre quiere decir precisamente esto: “Yo soy quien soy, el solidario con el pueblo.” (Gutiérrez, 1986: 121).

Esta solidaridad como comunión con el hermano, exige poner la vida al servicio del necesitado. Para creer en el Dios del Reino anunciado por Jesús, es necesario creer solidariamente, porque “creer en Dios implica solidaridad con el pobre en orden a aliviar su sufrimiento inmerecido, estableciendo “la justicia y el derecho” (*ibidem*).

La comunión de vida con el Crucificado es así una referencia continua al que sufre injustamente. La cruz es símbolo de esta trascendencia del amor solidario remitido siempre al que sufre. En este sentido, el Crucificado está vivo, en la medida en que se supera el sufrimiento con la solidaridad. Según E. Schillebeeckx, el valor redentor y liberador del sufrimiento, según el Nuevo Testamento, “consiste precisamente en asumir personalmente ese sufrimiento con un esfuerzo responsable por superarlo” (1983: 678).

La comunión de vida con el Crucificado se da participando plenamente de la historia viviente de Jesús, en referencia al servicio y amor solidario capaz de sacrificar la vida misma por el hermano. Esto recupera la comunión para con Dios y con los hermanos necesitados de ella. Esta comunión de vida genera humanidad, porque se experimenta el llamado “convertirse” a su propia humanidad; porque -según ella- “cuando uno es profundamente



humano, Dios se revela a través de él. Y esta es hoy en día la única “prueba” de la existencia de Dios, que amplios sectores de nuestras sociedades están dispuestos a aceptar” (Ratzinger, 2003).

Desde los primeros creyentes hasta nuestros días, el sufrimiento injusto del hombre ha ganado un horizonte de significación; no es un absurdo cuando es asumido y transformado. El sufrimiento asumido en favor de los otros adquiere así su fuerza liberadora, redentora. Llama a la comunión con el que sufre, a la compasión, que consiste precisamente en transformar la estructura que produce la muerte.

En este sentido, la muerte injusta del inocente se convierte en juicio contra el agresor, contra el verdugo, porque la cruz quedó patente como símbolo en donde el verdugo no triunfa sobre la víctima inocente. Si hubiera sido así, la causa del Reino proclamada por Jesús habría terminado en su fracaso. Esta es la dimensión liberadora de la muerte de Jesús, que le confiere a la misma muerte la posibilidad de morir por los demás. Una muerte así no termina con la muerte, sino que se continúa con la vida. Quien muere entregado plenamente a los demás renace en quienes se liberan así de la fatalidad de la muerte.

La recuperación de la comunión de quienes en primer momento se escandalizaron de la muerte ignominiosa de la cruz, se estatuye como reconciliación, porque la muerte del Maestro ajusticiado en el madero agrupó nuevamente a todos los dispersos. Este reagrupamiento se hizo en la conciencia de los apóstoles como testigos de la muerte de Jesús. La muerte tiene así un carácter convocador.

El que ha sido suprimido, ajusticiado y muerto no desaparece en su causa ni en su espíritu; quienes le conocieron en vida entran en comunión con su espíritu. Los primeros creyentes experimentan el espíritu de Jesús en medio de ellos como gracia que les convoca en fraternidad “porque el Señor es el espíritu, y donde está el espíritu del Señor, allí está su libertad” (1Co 3,17), allí hay comunidad, fraternidad (Hch 2,42ss).

El Señor es el crucificado viviente; es el espíritu de solidaridad de quienes reconocen a Dios como padre, es decir, el espíritu de los hijos de Dios (Ga 3, 26), que comparten la misma fe en el Crucificado resucitado.



UNIDOS EN LA SANGRE, ALIMENTADOS CON EL PAN DE LA ESPERANZA

Podemos afirmar, siguiendo las palabras del papa Benedicto XVI: “La cruz de Cristo es la com-pasión de Dios por el mundo.” “En Dios hay una pasión muy íntima, que incluso es su genuina esencia: el amor. Y porque ama, el padecimiento no le es ajeno en la forma de com-pasión. “En su amor al hombre, el Impasible ha sufrido la com-pasión misericordiosa.” (Benedictino XVI, 2006)¹

Esta compasión misericordiosa de Dios en Jesús convoca a los primeros creyentes en solidaridad con la muerte del Señor, realidad que la primitiva Iglesia interpreta como la historia pascual de Jesús a través del bautismo de sangre, el martirio (cfr. Rm 6).

La primitiva comunidad cristiana conservó el vivo recuerdo del bautismo como identificación plena con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección. El mismo Jesús había descrito su muerte como un bautismo (de sangre, sacrificial) en Mc 10, 38. Porque el Señor, “sufriendo se convirtió en causa de salvación eterna” (Hb 5, 7-9).

El sufrimiento que trasforma la historia, que en el bautismo es solidaridad con el sufrimiento de Cristo, no es pasividad quietista que soporta con calma y resignación el dolor y la muerte. El sufrimiento para el bautizado es una manera de cambiar la historia quitando (Sölle, 1978: 102) de ella la fuente de donde surge el mismo sufrimiento, es un modo de llegar a ser.

Por esta razón, el bautizado está llamado a ser como Jesús del Reino asumiendo plenamente el sufrimiento de la historia, para privarle la fuerza causante del mismo sufrimiento, porque todo sufrimiento y dolor es experimentado como amenaza de la propia vida, atañe a la relación con Dios “porque Dios está siempre con el hombre que sufre” (Meister Eckhart, citado por Sölle, 1978: 102), con su amor por el hombre es más fuerte que la desgracia.

1. El Papa está citando a H. de Lubac, en “Geist aus der Geschichte. Das Schriftverständnis des Orígenes”, Einsiedeln, 1968 (original francés 1950), p. 285. Todo el capítulo “Ver Gott des Orígenes”, pp. 269-289, es importante para esta cuestión. H. U. von Balthasar ha tratado repetidas veces el tema contigo a éste del “dolor de Dios”, escribe el Papa.



La relación entre el creyente y el bautismo no está sólo en el sentido del sufrimiento: va hasta la participación plena de la muerte de Jesús en su pasión. El bautizado está invitado a cargar con su cruz y hacer en su vida el camino de la pasión de Dios, “si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lc 9,23). El bautismo es la configuración con Cristo que fue descubriendo en su historia la realidad del ser hijo de Dios, de comunión con Dios en todos los hombres, en los pobres y ofendidos, lo cual le llevó al suplicio de la cruz.

Como Jesús, los bautizados participan plenamente del bautismo de sangre de su Maestro, ya que “fuimos pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte” (Rm 6,4). La muerte de Cristo por el bautismo hace a los convocados en la cruz, a la comunidad de la cruz, partícipes de la muerte expiatoria, reconciliadora de Jesús con el Padre.

Según la Primera Carta de Pedro, la pasión y muerte de Jesús, entendidas como muerte reconciliadora, son propuestas como modelo para los bautizados que sufren (1P 2, 21-25). El bautismo, desde la perspectiva de la cruz, convoca a formar la comunidad de los reconciliados por el poder del perdón ofrecido en la misma cruz de Jesús, a seguir a Jesús en la “necesidad” y la libertad para un sufrimiento por los demás, que es portador de salvación, y abre la puerta al futuro de todos los hombres reunidos como hermanos, sin divisiones ni barreras.

Esta actitud ante el sufrimiento como sacrificio por la reconciliación es un amor indefenso que desarma, pero es a la vez vulnerable. Este bautismo de sangre que realizó Jesús es la participación de su pasión. “¿Podéis beber la copa que yo voy a beber, o ser bautizado con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?” (Mc 10,38)

El bautizado se configura con el Jesús de la pasión en su sacrificio que tiene una misión, implicada en la misión de Jesús: la reconciliación del mundo con Dios, que exige su vida y sufrimiento inocente al servicio de todos los demás, al servicio del futuro mejor para todos los hombres, para todos los pobres.

En este sentido, el bautismo de la cruz, “el bautismo de sangre” recibido por Jesús con su muerte crucificada le constituye como “sumo sacerdote” de este nuevo pueblo de Dios (Hb 5, 7-10). La comunidad cristiana, configurada como Jesús es a su vez comunidad sacerdotal, pueblo de Dios sacerdotal. El



antiguo sacrificio de la alianza veterotestamentaria es remplazado por el “sacrificio espiritual” de la solidaridad con el sufrimiento de otros (1P 2,19-20), aunque sea un “sufrimiento inmerecido”, como lo atestigua la 1 Carta de Pedro.

En esta comprensión del sufrimiento de los bautizados, es decir, de los convocados como pueblo de la cruz de Jesús, “sufrir por ser cristiano” (1P 4,16) es “sufrir por hacer el bien” (1P 3,17), es padecer por los demás” y expía, reconcilia, a todos los hombres sometidos por el mal hecho por otros. Aquí el cristiano, el bautizado, es un siervo doliente de Dios (1P 2,21-25), que es el mismo “Jesucristo que sufre” (1P 2,21), el “modelo” que deben “copiar” y realizar en su vida todos los cristianos, es decir, todos los bautizados, quienes participan del misterio de la cruz con su sufrimiento.

En el bautismo los cristianos están llamados a seguir a Jesús y a estar dispuestos a aceptar el sufrimiento inmerecido por los demás. Su fundamento y modelo es un participar de la cruz “porque también Cristo sufrió por vosotros” (1P 2,21). Este sufrimiento es un morir al pecado y vivir para la justicia (1P 2,24; Is. 53,6). Imitando a Jesucristo en el sufrimiento, el cristiano bautizado no responde con rabia o venganza ante el sufrimiento producido injustamente, sino imita el ejemplo paciente de Jesús: “No devuelvan mal por mal, insulto por insulto; al contrario, respondan con bendiciones.” (1P 3,9).

En este sentido, el bautismo se vuelve salvífico, porque el justo que sufre y es “denigrado por el bien” significa que hace meditar a los demás, y sobre todo a quienes están causando el sufrimiento y dolor injusto, moviéndoles con su actitud “paciente” a la conversión y al cambio de actitud.

La comunidad de los convocados en la cruz por el bautismo es constituida por Dios padre “linaje elegido, sacerdocio real, nación consagrada, pueblo adquirido por Dios, para publicar sus proezas del que os llamó de las tinieblas a su maravillosa luz. Los que antes erais pueblo, ahora habéis alcanzado misericordia” (Ap 1,6; 5,9). Ahora son grupo de hermanos: fraternidad, hijos de Dios, comunidad convocada por Dios en la muerte de Jesús.

El bautismo nos hace pueblo salido de las entrañas de Dios padre. Nos hace partícipes de la filiación divina en el Hijo. Somos por el bautismo hijos en el Hijo, es decir, hermanos de un mismo pueblo. En efecto, “todos los bautizados en Cristo habéis sido revestidos de Cristo; ya no hay judío ni griego;



ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Ga 3,26-28).

Ahora todo el pueblo es pueblo sacerdotal, pueblo profético, pueblo misionero (enviado) como continuador de la predicación y la presencia del Reino de Dios en la historia. Este pueblo tiene acceso a Dios por medio de su muerte resucitada que hace suya en el bautismo (1P 2,18) y es desplegada, experimentada y asumida en la historia del bautizado.

La comunidad eclesial se hace pueblo de Dios al pie de la cruz, como fruto de la muerte expiatoria y reconciliadora de Jesús en la cruz y de su glorificación en la resurrección (1P 2,9-10). Allí se nace de nuevo (Col 3,10) que cree y espera en Dios practicando el amor fraterno (1P 1,21-11). Esta esperanza mantiene la comunidad orientada hacia el fin que es la salvación, a la cual se llega por medio del sufrimiento (1P 1,11).

Según el papa Benedicto XV, María tiene un puesto especial en el lugar de la cruz, con su presencia en fidelidad al hijo asume en su vida la cruz.

En María llega a su término la imagen de la cruz, porque ella es la cruz asumida, que se comparte en el amor, la que nos permite ahora experimentar en su compasión la com-pasión de Dios. Así, el dolor de la Madre es dolor pascual que ya manifiesta la transformación de la muerte en la solidaridad redentora del amor. (Ratzinger, 2006)

COMUNIDAD DE ESPERANZA

Hemos presentado el bautismo en su relación con la cruz como participación plena del misterio de la muerte resucitada de Jesús que convoca a un nuevo pueblo en hermandad. La actitud de Jesús que realiza esta obra está presente en toda su vida. Toda la vida de Jesús es reconciliadora, reparadora. Toda la historia de Jesús es redentora, no sólo su muerte, momento de profunda densidad en la entrega de Jesús a todos los hombres para recuperarlos como hermanos hijos del Padre.

El bautismo tiene una profunda realidad ontológica para América Latina, continente crucificado. América es bautizada por la sangre de los mártires, que son semilla de vitalidad de su Iglesia. Este bautismo de sangre para América Latina hizo exclamar a monseñor Oscar Arnulfo Romero que esta Iglesia latinoamericana de los pobres y los mártires es “una Iglesia tan viva, una Iglesia tan mártir. Una Iglesia tan llena del Espíritu Santo” (Romero en Sobrino, 1984a: 539).



La Iglesia latinoamericana es una Iglesia bautizada con el bautismo de cruz que no sólo le hace experimentar la muerte que lleva a la vida, sino anunciar la esperanza en contra de toda esperanza.

La iglesia mantiene la esperanza, precisamente porque es contra toda esperanza. En el dolor, en el sufrimiento, en la muerte se alimenta esa esperanza. El gran mérito de monseñor Romero fue haber convertido (para la Iglesia latinoamericana bautizada en la cruz) los innumerables martirios en motivo de esperanza. "Estoy seguro (decía) de que tanta sangre derramada y tanto dolor causado a los familiares de las víctimas no serán en vano". El grito de liberación de este pueblo es un clamor que sube hasta Dios y que ya nada ni nadie puede detenerlo. (Sobrino, 1984: 34)

El bautismo de la Iglesia de la cruz es su misma realidad crucificada en la historia de la opresión y explotación injustas. Allí la cruz vive en la carne viva del pueblo. Ser cristiano es allí tener fe en la vida del Resucitado que ha pasado por el viacrucis hasta su muerte. Para la Iglesia latinoamericana su bautismo es persecución constante.

Esta persecución es un bien y una gracia para la Iglesia, y es la verificación de que se ha actuado cristianamente. Una Iglesia que de otra forma no sea perseguida, no puede llamarse en verdad seguidora de Jesús (*ibidem*: 34). Pero "una Iglesia que no sufre persecución, sino que está disfrutando los privilegios y el apoyo de la tierra, esa Iglesia ¡tenga miedo! No es la verdadera Iglesia de Jesucristo" (*ibidem*), decía monseñor Romero. Pero si es perseguida como Jesús está actuando como Jesús.

El pueblo de la cruz, la Iglesia, sufre entonces el destino del Crucificado y ser bautizado tiene que expresar esta realidad. La Iglesia sufre el destino de los pobres: la persecución, y se gloria de "mezclar la sangre de sus sacerdotes con las masacres del pueblo".² En este sentido "la eucaristía es contestataria, trastornando nuestros hábitos y nuestra tendencia a ver las injusticias como inevitables o explicables, e impulsándonos a creer en la fuerza del amor, que es capaz de levantar como un fermento la masa de este mundo" (Kolvenbach, 2006).

Ser Iglesia bautizada en América Latina es ser presencia del crucificado como pueblo que sufre y que lucha por su liberación. Es cuerpo de Cristo crucificado y resucitado que va creciendo en su fe, en su fraternidad, en su

2. Oscar Romero, Homilía 11 de marzo de 1979 en Sobrino (1984).



esperanza definitiva. Esta Iglesia sí expresada y vivida desencadena solidaridad con los pobres, con el pueblo; solidaridad por su fe martirial, capaz de ofrecer su dolor, su esperanza, su trabajo por el pueblo que ansía liberación. Sólo en la cruz, en el olvido de sí mismo, nos hacemos cristianos de esta comunidad de la cruz que pierde la vida para ganarla como comunión con el Crucificado por el bautismo.

Si la Iglesia no se encarna en el dolor del pueblo, si como Jesús no pone su tienda entre los hombres que sufren y mora entre ellos, serán vanos sus intentos de servicio al Reino.

Pero es toda la Iglesia la que celebra la eucaristía: es, por así decirlo, “la respiración de la comunidad. Arrastradas por este movimiento eclesial, nuestras comunidades sienten la necesidad de expresarse en una plegaria común y de confiar su plena existencia a la liturgia eucarística” (*ibidem*). La vida comunitaria se mantiene por este alimento, pan del camino, pan de esperanza, so pena de encontrarse rápidamente anémica y desprovista de vida.

Sólo así podrán nuestras comunidades, marcadas a menudo por una desconcertante diversidad de caracteres y orígenes, testimoniar en un mundo desgarrado por los odios y las divisiones que lo que es imposible al hombre resulta posible si se hace memoria de Jesús y se comparte la fundación constantemente renovada de la Iglesia.

RECUERDO ESPERANZADO

Queremos mirar ahora la comunidad de la Iglesia desde la cruz como pueblo reunido en ella. Para lograr nuestro objetivo, nos remitiremos a la eucaristía, en donde descubrimos la presencia de la muerte martirial resucitada de Jesús que convoca a la comunidad en la mesa del Señor. En la eucaristía desentrañamos el nacimiento de la Iglesia. “La eucaristía es ‘fuente’ (y) a la vez culminación de toda la vida cristiana” (*LG*, No. 11).³ “Mediante ella la Iglesia y el pueblo de Dios vive, se acrecienta y edifica sin cesar.” (*LG*, No. 26)

La eucaristía nos remite así a corroborar nuestra tesis: la Iglesia es el pueblo de la cruz. Ella es memoria viva de la pascua de Jesús, muerte

3. *Lumen Gentium*.



resucitada del Señor que convoca a la solidaridad entre los hombres. Como comunidad de mesa es comunidad de cruz, es decir, de aquellos que siguen al señor Jesús en el camino de su pascua y desde ella es el Crucificado viviente; comunidad de vida con Jesús inspirada en el sentido del Reino de Dios que llama a una pro-existencia, a un ser para los demás.

Trataremos la eucaristía bajo tres aspectos: sacrificial, memorial y escatológico. En estos tres aspectos notamos que la eucaristía es la historicidad de la Iglesia, es decir, Jesús muerto y resucitado presente, vivo y actuante en medio de la comunidad; historicidad que nos permite pensar en procesualidad histórica, es decir, en comunidad que camina, haciéndose hacia su consumación definitiva del Reino en donde la misma Iglesia, comunidad de la cruz, es instrumento provisorio del Reino de Dios ya acaecido plenamente en Jesús que es el señor de la historia.

Desde la experiencia de los apóstoles hasta el final de la historia, “la eucaristía no sólo cimentaba la unión de los corazones sino también el compartir de sus bienes, en lo que así se convirtió la comunidad de los discípulos, sino que la presencia real del Señor invade nuestro presente y esta presencia se hace también, para que sea auténtica en el Señor, presencia en el otro. El Señor no se contenta con la instauración de un modo nuevo de presencia, el modo sacramental: nos ha dado el sentido existencial del acto sacramental en la dimensión social de la eucaristía –la caridad y el servicio del lavatorio de los pies– a la espera del banquete final” (Kolvenbach, 2006), hasta el momento definitivo cuando Cristo sea todo en todos. Su dinamismo atraviesa el pasado, el presente, pero sobre todo, se erige como horizonte de futuro de la comunidad fermentada a través del espíritu viviente del Señor; “toda eucaristía nos remite hacia la expresión concreta, en la existencia ordinaria, de lo que el mismo Señor ha vivido entre nosotros: el amor de Dios que nos da el amor entre nosotros” (*ibídem*).

MEMORIAL DE UN MARTIRIO

La muerte martirial de Jesús nos explica toda su vida de entrega al servicio del Reino. La cruz representa un punto de gran densidad en la vida de Jesús por cuanto en ella se consumó la obra y misión que vino a realizar: predicación, proclamación y anuncio del Reino de Dios. Con la muerte crucificada de Jesús se desvela la autenticidad del mensaje de Jesús, que



fue fiel hasta la muerte, una muerte de cruz. Su muerte, como ya hemos anotado anteriormente, no fue una muerte natural, aunque bien sabemos que Jesús muere porque los hombres somos mortales.

Sin embargo, su muerte fue consecuencia de la condenación que de su vida hizo el tribunal romano. Jesús entrega su vida al servicio de una causa, el Reino de Dios. Jesucristo es así el siervo de Dios del Reino. El servicio que prestó fue el recuperar la comunión de los hombres con Dios y para ello entregó su vida haciéndose solidario con todos los que como él sufren injustamente, derramando su sangre para el bien de muchos (Mc 14,24).

La eucaristía expresa toda esta realidad de entrega que hace Jesús de su vida para el bien de todos. En ella el mismo Jesús es ofrecido a Dios como víctima, lo cual está inspirado en su vida anterior terrena.

La eucaristía resume toda la vida histórica de Jesús y resume toda su pasión, y las anuda en una realidad simbólica que es la auto-manifestación y auto-donación de Jesús a los hombres en que dándose como Hijo nos da a Dios mismo que no existe sino como Padre y por ello no existe al margen de él. (González de Cardenal, 1981: 13)

No podemos separar, pues, vida de Jesús y eucaristía, porque ella es el resumen de su vida en donde compartió su Palabra, sus acciones y sus preocupaciones con los pobres, pecadores y marginados; es la anticipación de su gesto supremo de libertad y de perdón, muriendo ante Dios como solidario del pecado de los hombres, asumiéndolos sobre sí y transformando el dolor en oración por los pecadores, en expresión de solidaridad suprema, en desvelamiento de toda culpabilidad, en acusación de toda injusticia; acusación y desvelamiento que son supremos, en cuanto tienen lugar justamente desde la inocencia que perdona y desde la solidaridad que comparte y permanece.

Por ello, la eucaristía está marcada por el martirio, punto de gran densidad en la vida histórica de Jesús que permitió a los primeros apóstoles organizarse como grupo para guardar memoria del Crucificado. Desde esta experiencia de reencuentro, se lee e interpreta la vida de Jesús, entendiéndose así el sentido pleno de su obra a favor de todos los hombres.

La eucaristía tiene sus antecedentes históricos en las cenas de Jesús con los publicanos y pecadores, igualmente las comidas compartidas con sus discípulos y amigos.



Esta comunidad de mesa, tanto con notorios publicanos y pecadores como con los suyos, en grupos mayores o menores, es un rasgo esencial y característico del Jesús histórico. En ella, Jesús se revela como el mensajero escatológico de Dios que comunica a todos –incluidos en particular los que, según los criterios de la época, estaban “excluidos” – la invitación divina al banquete de paz del Reino de Dios; esta comunidad de mesa, el acto de comer con Jesús, ofrece en el presente (a los pobres) la salvación escatológica. (Schillebeeckx, 1981: 198)

Jesús mismo toma la iniciativa de invitar a estas comunidades de mesa, y convierte su acción en “una profecía en acción” de lo que sería el Reino ya consumado. El Reino de Dios predicado por Jesús se refleja en esta praxis.

El mensaje de Jesús como anuncio de la comunión con Dios y con todos los pobres y oprimidos (Lc 4,16) termina, como hemos indicado, con su asesinato en la cruz. La cruz tiene que ver con el centro de la predicación de Jesús, porque con su muerte crucificada, da testimonio ante Dios de la sinceridad de su mensaje.

Tal generosidad en el límite, pone de manifiesto el amor sin límite de Dios, su trascendencia como capacidad solidaria y de sufrimiento en favor de los otros. Pero no menos suscita en el hombre una capacidad de respuesta, al mostrarle que su propia palabra ha sido revivida y por eso ya hecha posible y necesaria. (González de Cardenal, 1981: 11)

Fue precisamente en las comunidades de mesa en donde las primeras fraternidades cristianas reconocieron viviendo a Jesús como el Crucificado que vive en medio de ellos. Se fue uniendo la muerte resucitada de Jesús con el signo del partir el pan. En este lugar de la comunidad de mesa fue también en donde se comprendió su mensaje del Reino de Dios. Allí los creyentes se dejaron evangelizar; fue allí también, en el amor y la comprensión generosa que acogiendo responde, donde elaboraron los relatos de la pasión.

La última cena de Jesús se entendió como prolongación de las diversas cenas de Jesús realizadas durante su vida pública y que expresan la comunión de Dios con los hombres en su Reino (Mt 22,1-4). Al comer en compañía de los pecadores, Jesús quería dejar en claro que el Padre los invita a todos a la reconciliación (Mt 9,9-13). Las cenas son así comunidades de reconciliados. En estas cenas Jesús explica sus parábolas; allí predica sobre la actitud de servicio (Lc 22,26): “El que manda sea como el que sirve.” Allí proponía a todos vivir en fraternidad (Mt 23,8): “–Todos vosotros sois hermanos–, en justicia e igualdad (Jn 13,14): “Vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros...”.



Allí, en estas cenas, también enseña Jesús sobre el amor solidario con los pobres y descalificados social y religiosamente con quienes se identifica plenamente (Mt 25,40). En estas comidas que representan la comunión con Jesús y con Dios como padre, se percibió la conflictualidad que fueron suscitando las actitudes y el mensaje de Jesús, lo que desencadenó su persecución y su muerte.

Los discípulos dispersos y reagrupados nuevamente luego de la muerte del Crucificado experimentaron la presencia viva de Jesús en el signo del pan y el vino, centro de las comunidades de mesa, con el mismo Jesús. Jesús se apareció (término que designa la realidad viviente del Crucificado, difícil de expresar en lenguaje literario) a quienes habían compartido su vida con él. Pedro lo expresó diciendo:

Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la región de los judíos y en Jerusalén; a quien llegaron a matar colgándole de un madero; a éste, Dios le resucitó al tercer día y le concedió la gracia de aparecerse, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros que *comimos y bebimos* con él después que resucitó de entre los muertos. (Hch 10,39-42)

El comer y el beber con Jesús es signo de comunión con él; por ello, quienes aceptan la invitación a asumir y vivir su mensaje comen y beben en la mesa del Señor. Esta es la manera de continuar en la historia la comunión con el Maestro ya practicada por los primeros cristianos que “acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones” (Hch 2,42).

La comunión crea así comunidad entre los discípulos y el Maestro. Crea tradición viviente inspirada en el recuerdo de la muerte de Jesús, “quienes comían y bebían con él” (Hch 10,42). Pablo también nos relata este hecho fundacional de la comunidad cristiana articulado en la cena del Señor:

Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío. Así mismo también el cáliz después de cenar diciendo: Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces lo beban háganlo en recuerdo mío. (1Co 11,23-26)

La tradición viva del recuerdo martirial de Jesús tiene el signo del pan y el vino de la comunidad reunida. Este signo martirial recuerda la muerte en la cruz del Crucificado con la cual se ha sellado la “nueva alianza” en su sangre. Porque allí nace el pueblo reunido desde la cruz, ya que él “de los



dos pueblos hizo uno, derribando el muro que les separaba (...) para crear en sí mismo, de los dos, uno sólo hombre nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, por medio de la cruz (...) pues en él unos y otros tenemos acceso al padre en un mismo Espíritu" (Ef 2,14-18).

"Este cuerpo que se da por vosotros" es el cuerpo entregado de Jesús, que constituye la comunidad, la *Ekklesia*, la Iglesia o comunidad de Dios. La Iglesia tiene, pues, su fundamento en la entrega de Cristo que se reactualiza en la comunidad reunida alrededor del Señor muerto y resucitado, simbolizando ella misma su realidad trascendente.

La eucaristía es así el sacramento de la Iglesia (Rahner, 1982: 488). Ella mantiene la unidad de todos los cristianos en un solo cuerpo, Cristo. "Porque siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un mismo pan." (1Co 10,16). El pan compartido en común, en la mesa del Señor, forma, pues, el cuerpo del Señor en la historia que es la comunidad reunida en el Crucificado, que vive.

El sacrificio de Jesús como eucaristía (acción de gracias a Dios padre) edifica y realiza la comunidad cristiana, la Iglesia –afirma San Agustín– porque:

Este es el sacrificio de los cristianos, el ser muchos un solo cuerpo en Cristo, lo cual lo realiza también la Iglesia en el sacramento del altar, bien conocido de los fieles, donde se demuestra que en aquello que ofrece, ella misma se ofrece (*quod in ea re quam offert, ipsa offeratur*).⁴

Como Cristo, la comunidad es crucificada con él. La Iglesia es así la comunidad de los crucificados que esperan que Dios los rescate de la muerte a la vida definitiva ya asumida en el señor Jesús. "La Iglesia en su conjunto es (por la eucaristía) cuerpo de Cristo en la cruz y tiene por consiguiente que ser crucificada juntamente con su cabeza." (Von Baltasar, 1968: 231).

Pablo afirma con precisión esta visión de la iglesia cuando en su Carta a los Gálatas expresa la continuidad entre el cristiano y Cristo: "Vivo yo, pero ya no soy yo (ya no como un yo que está encerrado en sí mismo), sino que es Cristo quien vive en mí." Esto quiere decir: "Con Cristo estoy crucificado (...); la vida que vivo al presente en la carne la vivo en la fe de Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí." (Ga 2,19-20)

4. San Agustín, *La Ciudad de Dios*, 10,6 (PL 41, 284 Sol. II, 389).



La constitución eclesial es la dinámica que suscita el subir a la cruz con Jesús; por ello el cristiano lleva en su cuerpo el morir con Jesús, para que no sea su vida la que se manifieste, “sino que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal” (2Co 4,10). Esta realidad cristiana es la que hemos asumido con el bautismo y la eucaristía (Rm 6,3-11).

Beber el cáliz y sufrir el bautismo de Jesús (Mc 10,38) es apropiarse del puesto que el cristiano tiene en la cruz de Jesús. El bautismo es una invitación a participar plenamente de la historia de Jesús y la eucaristía es desplegar esa historia: historicidad, el hacer el camino hacia la cruz.

Este camino del cristiano hacia la cruz lo vive, pues, desde la experiencia eucarística de todos los bautizados. Por ello, la eucaristía es el pan del camino para la comunidad de la Iglesia, pueblo peregrino que necesita alimentarse con el pan de la esperanza, nacida en el recuerdo de lo que el Padre ya realizó en Jesús, su liberación definitiva.

Mientras tanto, la eucaristía sigue reuniendo “a los hijos dispersos” (Jn 11,52) a quienes alimenta con el banquete de la esperanza ya realizada en Jesús. Este recuerdo esperanzado guarda memoria de lo que cotidianamente sucede: la salvación de todos en Jesús sacrificado por el bien de todos los hombres que se sienten convocados en la memoria de la cruz, acontecimiento que fundó la realidad de la fraternidad, la comunitariedad de la Iglesia.

MUERTE RESUCITADA

En el punto anterior nos detuvimos a considerar la eucaristía desde el punto de vista sacrificial como banquete del Reino que es el fundamento de la comunidad eclesial convocada en el bautismo. Ahora profundizaremos en la eucaristía como memorial, es decir, como actualización (litúrgica) cultural de Jesús. Ella es la presencia del Señor en la historicidad de la Iglesia. En otras palabras, es el “pan del camino”, una reedición del banquete de comunión con Jesús. Nuestra última consideración sobre la eucaristía es su dimensión escatológica, que profundizaremos en el subtema siguiente.

La Iglesia, comunidad del Reino, participa de la provisoriedad de la historia humana que todavía no ha ganado su plenitud. “La Iglesia vive en la historia, que tiene su fundamento en la resurrección de Cristo crucificado y cuyo futuro es el Reino omniabarcante de la libertad. El recuerdo vivo de



Cristo sirve de orientación a su esperanza en el Reino y la fuerza viva en el Reino retrotrae el recuerdo inagotable de Cristo. (Moltmann, 1978: 240).

Esta provisoriedad de la Iglesia le hace guardar memoria de Jesús en la eucaristía, que es su memoria presencial y su presencia memorial en medio de la comunidad. Memoria es hacer presente lo acaecido, retrotraerlo desde el pasado hacia el presente. Aquello que se retrotrae desde el pasado hacia el presente es lo que se actualiza en la memoria salvífica de lo acontecido en la historia de Jesús, la reconciliación y restauración de la comunión con el Padre.

En este sentido, afirmaba Kierkegaard, somos salvados en la medida en que nos hacemos contemporáneos con la cruz de Jesús, a través de la fememoria (afirmaría M. Lutero) que nos hace llegar al ámbito original de la Palabra y la revelación (Escritura) y la gracia.

La actualización de la memoria de Jesús muerto y resucitado la realiza la Iglesia por la fuerza del Espíritu de Jesús. Éste es el Espíritu Santo, que es "fuerza actual" de este recuerdo inagotable de Cristo, pues los hombres no pueden creer en Jesús como el Cristo (el crucificado resucitado), ni esperar el futuro como futuro de Dios, por sus propias fuerzas, su razón y su voluntad, sino es por la mediación el Espíritu de Jesús: porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad (2Co 3,17). La presencia resucitada de Jesús es su Espíritu. Como presencia del Espíritu de Jesús es actualidad de la totalidad de Jesucristo.

En esta presencia memorial y esta memoria presencial de Jesús se realiza la eucaristía.

La Iglesia no sólo "guarda memoria" de un pasado remoto (la persona y la obra del Jesús histórico), sino que es o debe ser también "memoria viva" o sacramento ella misma del viviente. De este modo, la Iglesia -sobre todo en su celebración eucarística- se presenta como ese punto intermedio entre una memoria como pura rememoración subjetiva (mero recuerdo del pasado histórico) y una presencia puramente objetiva (pura presencia de dones o de cosas). La memoria, a la vez que la presencia de Cristo (en su dimensión histórica y pasada y en su dimensión eclesial presente), acaece en y por medio de la comunidad eclesial. (Gesteira Garza, 1983: 414)

La eucaristía es así historicidad, gestación de la verdadera historia de Dios en el mundo que proclama la muerte del señor Jesús hasta que vuelva (1 Co 11,26). La eucaristía no es así un momento puntual, litúrgico, sino una



historicidad, el modo como el Reino se hace historia que es simbolizado y presentizado en la liturgia como celebración y conmemoración. Ella debe, pues, recordar la predicación de Jesús, invitando a todos los hombres a construir el Reino con la fuerza del Espíritu de Jesús. En esta medida, “el único sacrificio de Jesús opera permanentemente en la historia y a través de la acción litúrgica representativa de la dimensión de la Iglesia, esencialmente histórica, se hace eficaz de manera permanente en la celebración eucarística” (Rahner, 1982: 488).

La celebración litúrgica articula la memoria del Señor que nos reúne en su mesa, “pues cada vez que coméis este pan y bebéis este cáliz anunciáis la muerte del Señor hasta que vuelve (1Co 11,26). La eucaristía rememora así el sentido de la muerte del Señor, su entrega absoluta a Dios en los hermanos. Por ello es signo de justicia entre los hombres como presencia del amor; en la eucaristía se busca ser justicia, solidaridad, comunión, paz en la comunidad, “porque esta cena prolonga y lleva a su culminación las diversas cenas que Jesús realizó durante su vida pública. Expresa la comunión de Dios con los hombres en su Reino” (Mt 22,1-4) (Boff, 1984: 100).

La eucaristía nos lleva a la solidaridad con el hermano experimentada comunitariamente, en la sensibilidad con el hermano pobre, porque desde su pobreza interroga la comunidad dividida en ricos y pobres. En la eucaristía se vive la *praxis* del perdón ofrecida por Jesús a quienes creen en su Reino (Lc 7,36-50). Igualmente, hace referencia a unas nuevas relaciones sociales más humanas basadas en el servicio a los más pobres y a la comunidad (Lc 22,26), y de fraternidad en donde se renueva la hermandad que constituyó Jesús para el Padre.

En la eucaristía se experimenta, pues, la lucha por la justicia que construye la comunidad y va contra todo lo que desordena y desbarata las relaciones comunitarias. Esto ya lo apuntaba San Pablo en sus cartas cuando se refería a las reuniones que hacían las comunidades cristianas de Corinto en donde unos comían de la cena y otros pasaban hambre (1Co 11,17-22). Cuando esto sucede, es decir, cuando en el seno de la comunidad existen divisiones, no se puede celebrar la cena del Señor, porque la comunidad no vive fraternalmente y no está dispuesta a comer ni a beber como comunión de mesa con el Señor Jesús y “se come y bebe su propia condenación” (1Co 11,27-29).



Por ello, “si al presentar tu ofrenda ante el altar te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano. Después vuelve y presenta tu ofrenda” (Mt 5,23-24). Esto sugiere que la eucaristía tiene su sentido en la plena comunidad eclesial, social, en la reconciliación de todos. En la antigüedad, los cristianos que cometían pecados en contra de la comunidad no eran admitidos en la celebración eucarística.

Preguntémonos entonces: ¿Cómo es posible celebrar la eucaristía en un contexto de injusticia? ¿Cómo celebrar el sentido definitivo de la justicia, la fraternidad y la paz que la misma eucaristía anuncia ya realizado en Cristo?

FUTURO ADELANTADO

Profundicemos ahora en la dimensión escatológica de la eucaristía. Para ello, hemos tenido en cuenta que la vida de la comunidad que se reúne en torno a Jesús muerto y resucitado guarda, por un lado, memoria de su pasión martirial, pero a la vez es futuro adelantado de la historia. En cuanto a futuro anticipado, podemos referirnos a la mesa del Señor como recuerdo esperanzado que la comunidad vive en torno a Jesús.

Desde la dimensión de futuro, la eucaristía es profética, en la medida en que anuncia la comunión definitiva de todos los hombres con Dios. Este futuro decide la significación definitiva y la “esencia” de todo lo que es, precisamente al revelar su significación verdadera en el marco de todo lo que acontece, es decir, al revelar lo que verdaderamente era y es.⁵ Es la historia contemplada desde su definitividad y consumación como todavía no acontecida, aunque ya sucedida. La Iglesia así se percibe en suspenso y ha nacido precisamente en la expectativa de la llegada definitiva de Jesús (segunda venida).

Esta realidad marca a la comunidad eclesial que se reúne en el señor Jesús para esperar su regreso definitivo. E. Peterson afirma al respecto: “La Iglesia existe únicamente por la condición de que la venida de Cristo no fuera inminente, en otras palabras, de que la escatología concreta haya sido dejada en suspenso y en su lugar haya entrado la doctrina de los últimos fines del hombre y del mundo.” (Peterson en Boff, 1980: 90)

5. Wolfhart Pannenberg, “Teología y Reino de Dios” en Gesteira Garza (1983: 555).



En cierta forma podemos afirmar que Jesús predicó el Reino de Dios y lo que vino fue la Iglesia. La Iglesia celebra y articula la utopía del Reino en la eucaristía, porque la realidad del Reino ha sido asumida por Dios padre en Jesús, permaneciendo en tensión histórica hasta su consumación definitiva.

La eucaristía es así esperanza en medio de la cruz. Ella es “prenda de esta esperanza y una ayuda para este viaje. La dejó el Señor a los suyos en el sacramento de la fe, en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre (pan y vino), se transforman en su cuerpo y en su sangre gloriosos, en la cena de comunión fraternal y preguatación del convite celestial (LG, No. 38), ya celebrado con sus discípulos por el mismo Jesús, cuando anunció en el pan y en el vino su muerte “hasta que venga” (1Co 11,26), “porque yo os digo que ya no comeré más (...) y no beberé del producto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios” (Lc 22,18.20).

La fe creyente, celebrada en la Eucaristía y orientada hacia el futuro de Dios, sabe que

Dios prepara una nueva habitación y una nueva tierra, en la que habita la justicia (2Co 5,2) y cuya bienaventuranza llenará y sobrepasará todos los deseos de paz que ascienden en el corazón del hombre (1Co 2,9). Entonces vencida la muerte, los hijos de Dios resucitarán en Cristo, y lo que se había sembrado débil y corruptible se vestirá de incorrupción, y permaneciendo la caridad y sus frutos, toda la creación, que Dios hizo por el hombre, se verá libre de la esclavitud. (LG, No. 39)

La eucaristía une cruz y utopía, martirio y liberación. Sabe que la llegada al Reino escatológico de Dios pasa por la cruz, la cual abre el sentido más hondo de la vida, que se sabe entregada y abandonada a Dios, porque sabe también que la respuesta de Dios a la vida que se entrega es la revitalización resucitada de la vida, como ocurrió en Jesucristo con su resurrección. “El Señor abrió para nosotros una puerta para el futuro absoluto y una esperanza indarraigable penetró en el corazón humano” (Boff, 1977a: 135) con la resurrección de Jesús.

La eucaristía presencia memorial de la muerte resucitada del Señor no separa sacrificio y resurrección. La esperanza futura, en vez de hacer olvidar la cruz, la asume, porque “la resurrección remite a la crucifixión: resucita el Crucificado y resucita por haber sido crucificado; ya que le fue arrebatada la vida por el anuncio del Reino de Dios, le es devuelta la vida nueva como cumplimiento del Reino de Dios. La resurrección remite así a la pasión y la pasión a la vida de Jesús como anunciador del Reino”. (Ellacuría, 1977: 58)



La esperanza en la llegada definitiva del Reino se asume como lucha por la liberación en la historia; liberación que es lucha contra el poder de la muerte que mata injustamente al inocente. En esta lucha por la liberación, el sacrificio de la propia vida vuelve a cobrar su sentido, sobre todo, cuando esta actitud liberadora se vive en medio de un mundo de injusticias.

La esperanza escatológica adelantada en la eucaristía hace de la misma una actitud constante de compromiso histórico con la justicia, pues ella es el espacio donde se experimenta el llamado a la conversión que nos exige fraternidad, servicio al hermano pobre, comunión de vida con el Crucificado viviente en la comunidad.

La conversión es así esperanza activa como esperanza comprometida con el hombre y con el mundo; es asumir la redención como tarea que pasa por nuestra libertad desde la gratuidad ya ofrecida por dios en Jesús; es reconciliación que el señor Jesús nos ofrece en su comunidad de mesa como liberación política, porque la redención es idénticamente “la liberación política del pueblo y su conversión a Dios” (Moingt citado por Ellacuría, 1977, 60-61).

La eucaristía desde esta clave escatológica, como invitación al banquete del Reino, es invitación también a crear ya en medio de los hombres, con la fuerza del Espíritu de Jesús, la fraternidad, como si ésta ya fuera definitiva, la paz, como si ésta ya estuviera presente, la solidaridad, como si ésta ya fuera una realidad; en otras palabras, a vivir las actitudes del Reino: solidaridad, paz, fraternidad ya presentes en la comunidad, aunque no en su forma consumada y definitiva.

Tal *praxis* exige el estar dispuesto a vivir la resurrección (el futuro adelantado) desde la cruz (memorial de la vida martirial de Jesús entregada al servicio del reino), es decir, el gozo experimentado en la misma cruz.

La felicidad plena en medio del martirio quiere decir:

Jamás dejar de amar aún en los mayores sacrificios. Las sombras nunca podrán eclipsar el sol. Importa también la moralización de quien impone sin hacer comprender la moralidad intrínseca de la cruz como expresión de la libertad y de comunión universal. Con ello no se legitima la cruz y la muerte; ellas continúan como crimen, pero éste no consigue cerrar el círculo alrededor de sí mismo y matar todo su sentido. Mediante la libertad se opera una reconversión de sentido, por la aceptación de la cruz se retoma al criminal en actitud de perdón y reconciliación. Así se abre camino hacia un sentido que va más allá de la injusticia.



La redención y la libertad total deben verse en este horizonte. (Boff, 1977: 130-131)

La eucaristía encierra así la plenitud de lo histórico, que ha sido asumida por el señor Jesús. Cruz y vida se entrecruzan formando una sola realidad. Es recuerdo esperanzado del amor de Dios acontecido ya en nuestra historia, pero llamado a la consumación definitiva, cuando lo provisional de nuestra historia haya desaparecido, porque ha sido transformado y transubstanciado en definitivo por el Espíritu de Jesús, que es Cristo resucitado.

La eucaristía es así un pedazo de historia adelantado. Ella es presencia resucitada de quien muriendo por amor a los demás en una cruz vive para siempre entre nosotros y nos inspira y mueve a dar razón de nuestra esperanza (1P 3,15) convocándonos a hacer camino de reconciliación: solidaridad y perdón entre los hombres, haciendo emerger la humanidad nueva y purificada en el dolor y el sufrimiento, alimentada en el pan de la esperanza hasta el final de la historia en que el señor Jesús sea todo en todos. La eucaristía –como recientemente ha dicho el Papa– es Dios como respuesta, como presencia que responde desde su amor entrañable (Ratzinger, 2003).

BIBLIOGRAFÍA

- BALTASAR, URS VON, "Cruz e Iglesia" en *Mysterium Salutis* III B, Madrid, 1968.
- BOFF, LEONARDO, "Cómo celebrar la eucaristía en un mundo injusto" en *Desde el lugar del pobre*, Indo-American Press Service, Bogotá, 1984.
- BOFF, LEONARDO, "La resurrección, realización de una utopía humana", en *Jesucristo liberador*, Ed. Indoamerican Press Service, Bogotá, 1977a.
- BOFF, LEONARDO, *Desde el lugar del pobre*, Bogotá, 1977.
- ELLACURÍA, IGNACIO, "El pueblo crucificado" en *Cruz y resurrección*, México, 1977.
- GESTEIRA GARZA, MANUEL, *La eucaristía, misterio de comunión*, Ed. Cristiandad, Madrid, 1983.
- GONZÁLEZ DE CARDENAL, OLEGARIO, "Responsabilité Partage Eucharistie", 42e. Congrès Eucharistique International a Lourdes, France, Juillet, 1981.
- GUTIÉRREZ, GUSTAVO, *Hablar de Dios desde el sufrimiento*, Cep, Lima, 1986.



KOLVENBACH, P.H., *La eucaristía*, Carta dirigida a todos los jesuitas con motivo de la culminación del Año de la Eucaristía, en el día de San Claude de la Colombiere, Curia General, Roma, febrero de 2006.

Lumen Gentium (LG).

MOLTMANN, JÜRGEN, *La Iglesia fuerza del espíritu*, Salamanca, 1978.

PANNEMBERG, WOLFHART, "Teología y Reino de Dios", en GESTEIRA GARZA, M., *La eucaristía, misterio de comunión*, Ed. Cristiandad, Madrid, 1983.

PETERSON, E., en L. Boff, *Eclesiogénesis*, Sal Terrae, Santander, 1980.

RAHNER, KARL, "La eucaristía", en *Curso fundamental sobre la fe*, Ed. Herder, Barcelona, 1982.

RATZINGER, J., "La eucaristía es Dios como respuesta, como presencia que responde". Cfr. <http://www.zenit.org>, 2003-03-17, código: ZS03031702.

RATZINGER, J., "María en el misterio de la cruz y la resurrección, cfr. <http://www.zenit.org>, Código ZS05050213.

SCHILLEBEECKX, EDUARD, *Cristo y los cristianos*, Cristiandad, Madrid, 1983.

SCHILLEBEECKX, EDUARD, *Jesús Historia de un viviente*, Cristiandad, Madrid, 1981.

Sínodo sobre la Eucaristía, Proposición No. 3. Roma, 2005. Cfr. <http://www.zenit.org>, enero 2005-10-24. Código n. ZS05102406.

SOBRINO, JON, "La Iglesia de El Salvador, interpretación y buena noticia", en *Rev. ECA* 429-450 (1984).

SOBRINO, JON, "La opción por la vida, desafío de la Iglesia del Salvador", en *Rev. ECA* 429-450 (1984) julio-agosto.

SÖLLE, ODROTE, *Sufrimiento*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1978.